



Problemática social, una historia sin fin

Problemas sociales, que afectan a millones de venezolanos, no parecen encontrar solución en el país. Terminan siendo recurrentes asuntos como la violencia que no distingue clases sociales o el desempleo que afecta, principalmente a los más pobres. Se trata de una historia sin fin en una Venezuela que parece no encontrar respuestas consensuadas y sostenibles para hacer frente a los flagelos que como sociedad le afectan.

En la edición de marzo del año 2000, apenas un año después de que Hugo Chávez asumiera el poder para dar inicio a su largo paso por la presidencia nacional, la revista *SIC* apuntaba hacia problemáticas que afectaban seriamente a los ciudadanos en ese momento y, que con el paso del tiempo, vuelven a estar como desafíos centrales

de la sociedad venezolana. El jesuita Alfredo Infante en aquella edición tituló de esta forma un artículo suyo: “Medalla de bronce en violencia”.

Un estudio sobre la violencia en América Latina colocaba a Caracas como la tercera ciudad más violenta de la región, una medalla de bronce sencillamente indeseable. El primer lugar lo ocupaba San Salvador y el segundo Medellín. Entre ese ayer y hoy la ciudad colombiana demostró que la violencia puede enfrentarse y reducirse de forma sustancial, con acciones desde varios frentes y planes que tengan continuidad en el tiempo.

Se preguntaba Infante en el año 2000, en materia de violencia ¿Adónde vamos? La respuesta, después de largos años del chavismo en el poder, es vamos hacia más violencia. De una medalla de bronce en el *ranking* latinoamericano, Caracas pasó a tener medalla de plata pero a nivel global, ya que tuvo el segundo lugar como ciudad más violenta del mundo, según recogió en su edición de enero de 2015 la revista *Forbes*.

En su texto de marzo de 2000, Infante no solo reseñaba las cifras de la violencia, sino que escribía desde el dolor y la indignación. El 28 de enero de aquel año, dentro de las instalaciones del Instituto Universitario Jesús Obrero, en Catia (Caracas), “una bala perdida arrebató la vida del estudiante Williams Puente. Menos de 24 horas después, otro estudiante de Fe y Alegría, fallecía a manos de la delincuencia en la zona de Catia, se llamaba Carlos Barrios y en esos días había presentado la prueba de aptitud académica para el ingreso a la educación universitaria”.

En el artículo se cuestionaba la “normalidad” de hechos de este tipo en una ciudad como Caracas, cuyos habitantes vivían (y viven) bajo la amenaza de una violencia sin control. Infante le preguntaba a las autoridades del Estado venezolano: “¿No hay capacidad para con-

trolar la violencia callejera? ¿Será que no hay voluntad política real?”.

Otro tanto ocurriría con el tema del desempleo, que fue un asunto al cual dedicó la revista *SIC* su editorial de aquella edición de marzo de 2000. “El drama del desempleo es mucho más grave de lo que nos aportan los datos de desocupación”. Y las cifras eran, de por sí, alarmantes: “Si en los inicios de 1999 se estimaban en un poco más de millón y medio los desocupados, al profundizarse la contracción económica, en estos momentos podemos decir que cerca de dos millones de venezolanos están desempleados”. Recordaba el texto editorial que aquella era la cifra más alta registrada en Venezuela desde 1967. Años después, conviene no olvidarlo, la cifra del desempleo bajó no solo gracias a una nueva bonanza petrolera, sino también a un malabarismo en las preguntas de las encuestas oficiales del Instituto Nacional de Estadística.

Un asunto central a considerar, también obviado con el paso del tiempo en esta Venezuela del siglo XXI, lo constituía la calidad del empleo de los que no eran considerados desempleados. “Cuatro millones quinientos mil venezolanos realizan actividades informales, lo que equivale a más de la mitad de la fuerza laboral” del país, alertaba *SIC* en el 2000. La informalidad se hizo lo cotidiano, que como la violencia, se asumió como lo normal entre los venezolanos.

*Andrés Cañizález. Miembro del Consejo de Redacción de *SIC*.